

Por **Gabi Martínez**

Damon Galgut, el escritor sudafricano aclamado por *La promesa*, ofrece ahora *En una habitación ajena*, maravillosa rareza que podría describirse como un libro de viajes diferente, porque Grecia, Lesoto, Kenia, Suiza, India siempre quedan al fondo, lo importante es cómo el movimiento y las personas afectan profundamente al viajero. “El mundo por el que te mueves desemboca en otro interior, ya nada se mantiene dividido, esto representa aquello otro, el estado del tiempo representa el estado de ánimo, el paisaje representa el sentimiento, a cada objeto le corresponde un gesto interior, todo troca en metáfora”,

escribe. Y es que Galgut apunta al hueso, a lo que ocurre en el interior del individuo al viajar.

El libro tiene tres capítulos con un mismo protagonista, un trasunto del propio Galgut, que experimenta situaciones intensamente íntimas con compañeros de kilómetros que le inducen a descubrir facetas de sí mismo. En ‘El seguidor’, la atracción por un alemán implacablemente aventurero le lleva a asumir un rol de subalterno, de servidor que avanza entre silencios y nuevas y cada vez más pesadas obligaciones. Así, recibimos una perspectiva inusual del deterioro de la vida en común a través del caminar, literalmente, en compañía.

En ‘El amante’, Galgut, o su alter ego con mochila, conoce a tres viajeros europeos en África Oriental. Uno de ellos le fascina, le invita a sumarse al grupo. La sensualidad y algún tipo de enamoramiento son las infalibles espoleas del narrador, cuya timidez y contención le animan a devanar el universo que se crea en torno a la tensión sexual no consumada, y es curioso atestiguar la agotadora represión entre personas que disfrutaban como pocas de la libertad del tiempo y los grandes espacios. La paradoja hipnotiza.

Como en cualquier viaje, lo inesperado descoloca, estimula y altera planes. La improvisación es constante. Todo invita, desafía, propone. Por eso la narración discurre en presente directo: importa el ahora inmediato. A la vez, el narrador es protagonista pero también público de esa vida extraña que le sacude y le mece, y Galgut lo refleja oscilando de la tercera persona narrativa a la primera, incluso se atreve con la segunda o, durante un tramo, se identifica con el nombre falso que le atribuye un desconocido.

Ahí tenemos a Galgut multiplicado viajando por muchos lugares e invitando a repreguntarnos *personamente* cuántos somos, en realidad. Cuántos eres. Y lo hace también con una asombrosa gestión del tiempo narrativo: de una línea a otra puede haber transcurrido un minuto, dos días o nueve meses sin que la historia se deshilache. Compacta como un espíritu, la novela —porque esto es lo que es— insiste en “la sordidez de perder el tiempo”, en “lo deprimente que es volver por el mismo camino”, y esa in-



Damon Galgut, en Hay-on-Wye (Gales) en 2022. D. LEVENSON (GETTY IMAGES)

NARRATIVA

Deseo de ser nómada

Con prosa diáfana, situaciones simbólicas y un encanto algo lúgubre, Damon Galgut confirma su maestría narrativa llevando el libro de viaje a una dimensión distinta

cesante hambre de probar algo distinto (de la manera más sobria posible) se expresa también en unas frases que prescinden de signos de interrogación o exclamación: el énfasis, la declinación está en la frase, en el contexto. No hace falta gritar lo que decimos.

La próxima angustia o la belleza inminente inducen a pasar páginas con anhelo mientras rescatas el deseo de ser, o volver a ser, nómada, pese a que ‘El guardián’, el último capítulo, resulta una estremecedora advertencia sobre cómo puede trastornarte una mala compañía cuando compartes habitaciones lejanas. “Las vidas se filtran unas en otras”, se lee en la última página del libro, después de haber constatado cómo el azar o una decisión puntual pueden vincular eternamente a personas que se cruzan en ruta.

Con prosa diáfana, situaciones simbólicas y un encanto algo lúgubre, Galgut confirma su maestría narrativa aupando al relato de viaje a una dimensión distinta. Como ya hiciera Lawrence Osborne en *El turista desnudo*, el sudafricano vuelve a demostrar a los sepultureros del género que, por mucho turismo y mapas y estadísticas globales que haya, aún queda mundo ignoto por contar, empezando por el que llevamos dentro.

En una habitación ajena

Damon Galgut

Traducción de Celia Filipetto. Libros del Asteroido, 2024. 224 páginas. 18,95 euros

NARRATIVA

El libro de la artista

Por **Ángela Molina**

Ojo a las derivas del mercado del arte, donde entra para quedarse un serio y orgulloso competidor, aunque décadas atrás ya gozara de una fuerza dominante, pero, tras la embestida de los grandes formatos empaquetados en lustrosos cubos blancos, permaneció discretamente debajo de su propia influencia por la insuficiente voluntad de los galeatas, también de los propios autores. Se trata del libro de artista, curioso artefacto que solemos apartar cruelmente de nuestra vista cuando visitamos una galería o un museo, un formato que nunca puede ser accidental porque dice casi todo de la sensibilidad estética de quien lo firma. Escritura, fotografía, grabado, dibujo; cualquier trazo confinado en un libro o cuaderno se ve absolutamente inundado por una personalidad, sin trucos. El libro de artista es el índice-huella de toda una obra, el espejo al borde de lo que sucede después a gran escala, un objeto, una película o una instalación. Biografía más o menos parcial y muy autorizada, afirmación indiscutible donde todo parece tener importancia.

La escritora francesa Valérie Mréjen (París, 1969) es también autora de unos cuantos libros de artista. En realidad, ella es lo que comúnmente llamamos artista visual, más específicamente cineasta. Su página web contiene algunas imágenes de sus luminosos ejemplares, como el editado a cuatro manos con Annie Zadek, *Beau temps chaud propice à l'amour*, donde junta poemas y postales, o el refinado *Oiseau rare*, cuyas protagonistas son las tórtolas parisenses. La noticia es que Mréjen publica ahora una novela convencional sin dejar de ser un libro de (la) artista, el relato de la peripécia estudiantil de una joven desde que es admitida en la prestigiosa Facultad de Bellas Artes de Cergy, cercana a París, hasta que logra exhibir su trabajo en una galería.

Poco de lo que Mréjen cuenta sorprenderá al lector, y, en verdad, lo que acontece en ese mundillo es extrapolable a cualquier ámbito creativo, solo que en el terreno de la plástica contemporánea te dan más fácilmente gato por liebre, y esto no solo ha ocurrido con el cryptoarte, desaparecido sin el más mínimo patetismo, también en esas carreras fulgurantes de artistas que con solo exhibir sus nalgas o las de un dictador muerto provocan una incontrolable lujuria en los bolsillos de ignorantes y especuladores.

Valérie Mréjen es autora de cinco novelas breves, todas publicadas bajo el sello de Periférica. Es inevitable valorar la coherencia de su escritura autobiográfica, desde el primer relato, *Mi abuelo* (1999), un álbum familiar donde melancolía y sátira se saldan en piedad natural, al penúltimo en torno al nacimiento y crianza de su hija, *Tercera persona* (2021). Completado (¿provisionalmente?) el léxico familiar —al abuelo le sucedió el padre, después el novio y la madre (fallecida cuando la autora era adolescente)—, ahora en *La joven artista* Mréjen repasa sus recuerdos como estudiante de arte con parecida sensibilidad a la que exhibe en sus películas.

Conociendo cómo se fraguan las carreras de la mayoría de los artistas, la taumaturgia de este libro está en llevar a terreno raso tanta fatuidad y miserias, y al tiempo explorar su antítesis en tercera persona: la artista que triunfa sobre sus circunstancias. Su mejor libro como artista.

La joven artista

Valérie Mréjen

Traducción de Vanessa García Cazorla Periférica, 2024. 144 páginas. 17 euros

